Textos literarios y contextos escolares

La escuela en la literatura y la literatura en la escuela

Carlos Lomas (coord.), Bernardo Atxaga, Gustavo Bombini, Agustín Fernández Paz, Guadalupe Jover, Luis Landero, Juan Mata, Víctor Moreno, Gonzalo Moure, Berta Piñán, Manuel Rivas

GRAÓ

Biblioteca de Textos | 249

Biblioteca de Textos
Serie Didáctica de la lengua y la literatura

Directores de la colección: Carlos Lomas, Uri Ruiz Bikandi, Amparo Tusón, Manuel Vera, Ysabel Gracida

© Carlos Lomas (coord.), Bernardo Atxaga, Gustavo Bombini, Agustín Fernández Paz, Guadalupe Jover, Luis Landero, Víctor Moreno, Gonzalo Moure, Berta Piñán, Juan Mata, Manuel Rivas
© de esta edición: Editorial GRAÓ, de IRIF, SL
C/ Hurtado, 29. 08022 Barcelona
www.grao.com

1.ª edición: octubre 2008
ISBN: 978-84-7827-651-6
D.L.: B-40.138-2008

Diseño de cubierta: Xavier Aguiló
Impresión: Imprimeix
Impreso en España

Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción o almacenamiento total o parcial de la presente publicación, incluyendo el diseño de la portada, así como la transmisión de la misma por cualquier medio tanto si es eléctrico, como químico, mecánico, óptico, de grabación o bien de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*.

Índice

Textos literarios y contextos escolares, Carlos Lomas | **7**
Referencias bibliográficas | 10

La escuela en la literatura

1. Retorno a los días colegiales (Los años de la escuela en la literatura),
Carlos Lomas | **15**
En busca del tiempo perdido: ¿la infancia recuperada? | 16
La edad de la inocencia | 19
Mirando hacia atrás con ira | 22
Pan al maestro y educación al discípulo | 24
La vida en las aulas | 33
Letras, sangre, coscorrones y sabios | 37
Las amistades peligrosas y los amores escolares | 43
Monotonía en las aulas | 49
La memoria literaria de la escuela y la educación literaria | 51
Referencias bibliográficas | 53

2. La doble caída, Bernardo Atxaga | **57**
Las casas de la vida | 58
Cuando éramos jóvenes y verdes | 60
En clase de aritmética | 64
La escuela de los mayores | 66
Del «nosotros» al «otro» | 69
Como en el juego de la oca, nos alejamos de la casilla inicial | 70
Referencias bibliográficas | 72

3. Literatura, memoria y educación, Manuel Rivas | **73**
Somos lo que recordamos | 74
Recuerdos de niñez y mocedad | 75
Los pájaros de Guadalajara | 77
La jauría humana | 79
Las palabras y las metamorfosis | 81

4. **Los paisajes de la memoria,** Agustín Fernández Paz | **83**
La escuela en los años tristes y grises de la postguerra | 84
Los hilos de la memoria | 86
Memoria literaria de la escuela | 88
El placer de la lectura | 89
Elipsis y censuras | 90
De Kipling a Manuel Rivas | 92
El oficio de educar | 94
El oficio de escribir | 96
«Soy los libros que he leído» | 97
Cambiar, no inútilmente, el mundo | 99
Referencias bibliográficas | 100

5. **Memoria literaria de la escuela: muros de tinta y papel,** Berta Piñán | **101**
Regreso al primer día de clase | 102
Mis primeros versos en los cuadernos escolares | 104
Leer y escribir para poner orden al caos | 106
Las mujeres ausentes | 109
Una generación huérfana | 113
Una puerta a la libertad, a la emoción y a la aventura | 114
Referencias bibliográficas | 115

La literatura en la escuela

6. **La edad de Aquiles o la futilidad de la literatura,** Juan Mata | **119**
Los signos de la sabiduría | 120
Un saber que mejora la vida | 121
Contra las rutinas | 123
Y entonces para qué | 125
Tanto para tan poco | 128
En compañía de libros | 129
Coda desesperanzada, aunque no del todo | 133
Referencias bibliográficas | 134

7. **Volver al futuro: postales de la enseñanza literaria,** Gustavo Bombini | **135**
Crítica al modelo de la historia literaria | 136

Saberes sobre la lengua, saberes sobre la literatura | 138
Prospectiva en la enseñanza de la literatura: cuatro propuestas | 140
- Recuperar la dimensión histórica de la literatura | 140
- Saldar la deuda teórica en el campo de la enseñanza literaria | 141
- Repensar la relación lengua/literatura | 143
- Dar centralidad a las prácticas de lectura y escritura | 144

Referencias bibliográficas | 147

8. Se está haciendo cada vez más tarde (Por una literatura sin fronteras), Guadalupe Jover | **149**
¿Qué está pasando? | 150
El cantar de Harry Potter | 151
Leer para saber quiénes somos, leer para elegir quiénes queremos ser | 156
La responsabilidad de la escuela | 160
Por una literatura sin fronteras | 162
Constelaciones literarias: una alternativa a la historia de la literatura nacional | 167
Referencias bibliográficas | 178

9. Literatura para ser leída, imitada y transformada, Víctor Moreno | **179**
Preguntas más o menos necesarias e incómodas | 179
- ¿Por qué enseñamos literatura? | 180
- ¿Y por qué esta literatura? | 181
- ¿Qué es literatura? ¿Cuál es su ser verdadero? ¿Existe? | 183

Declaración de intenciones | 185
Literatura para ser leída | 188
La dimensión placentera de la literatura | 189
- Procesos placenteros | 191
- Procesos de dominio técnico | 193
- Procesos de conocimiento | 195
- Procesos de reconocimiento psicológico | 197
- Procesos de metaconocimiento: imitar y transformar | 199

Referencias bibliográficas | 207

10. Contra los chupadores de ojos, Gonzalo Moure | **209**
Hombres de muchos senderos | 209
¿Por qué existimos? | 211

El compromiso con la belleza y la verdad | 213
Los peldaños de la escuela | 217

Epílogo

El oficio de escritor, Luis Landero | **221**
Decir lo indecible | 223
Consejos sobre el oficio de escribir | 225
Temas y argumentos | 227
Igualar el sueño y alcanzar lo inalcanzable | 229

Textos literarios y contextos escolares

Carlos Lomas*

Una de las personas inolvidables en mi vida es la profesora que me enseñó a leer, a los cinco años. Era una moza bonita y sabia, que no pretendía saber más de lo que podía, y era tan joven que con el tiempo acabó siendo más joven que yo. Era ella la que nos leía, en clase, los primeros poemas. Recuerdo con la misma gratitud al profesor de literatura del colegio, un hombre modesto y prudente que nos conducía por el laberinto de los buenos libros sin interpretaciones rebuscadas. Este método posibilitaba a sus alumnos una participación más personal y libre en el milagro de la poesía. En síntesis, un curso de literatura no debería ser más que una buena guía de lecturas. Cualquier otra pretensión no sirve más que para asustar a los niños.
(Gabriel García Márquez, 1996)

Este libro es una invitación a un viaje de ida y vuelta. Un viaje de la literatura a la escuela y un viaje de la escuela a la literatura. Un viaje desde los textos literarios a los contextos escolares. Un viaje a través de los años del colegio en la literatura con el objetivo no sólo de ejercer el derecho a la añoranza nostálgica del tiempo perdido de la infancia y de la adolescencia en las aulas o al ajuste de cuentas con el pasado escolar sino también de encontrar algunas claves que nos ayuden a entender mejor el presente imperfecto y el futuro incierto de la educación actual. En otras palabras, en estas páginas se habla de la escuela en la literatura, sí, pero también de qué hacer con la literatura en la escuela y de cómo educar en el aprecio y en el disfrute de la lectura y de la escritura literarias en estos inicios del siglo XXI y en el contexto de una educación obligatoria sometida a menudo a la fascinación de otras ficciones y de otros relatos que encuentran en la ventana

* Carlos Lomas es profesor de *Lengua castellana y Literatura*, asesor de formación en el Centro de Profesorado de Gijón y codirector de *Textos de Didáctica de la Lengua y de la Literatura*.
clomas@almez.pntic.mec.es

electrónica del televisor y en el diluvio de información que inunda Internet unas vías eficacísimas a la hora de emitir de una manera indiscriminada e interminable sus lenguajes y sus mensajes.

Jorge Luis Borges escribió hace algunos años que «el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación» (1980, p. 13). Hoy, sin embargo, el ejercicio de la memoria y de la imaginación no es un patrimonio exclusivo de los libros ni de la ficción literaria, por lo que quizá convenga reflexionar sobre el modo más adecuado de estimular el goce de las palabras y el placer de la lectura y de la escritura literarias en una época como la actual en la que adolescentes y jóvenes encuentran en los estímulos de la cultura de masas y en Internet una inmediata y estimulante respuesta a sus afanes de ensoñación y a sus deseos de conversar con relatos que les hablen de mundos propios y ajenos.

Pese a ello, y como escribe Antonio Orejudo (2008, p. 11):

> *[...] en los colegios y en los institutos todo lo referente a la literatura parece destinado a que los jóvenes la detesten. La cosa no mejora en la Universidad, donde ha desaparecido hasta la mala conciencia [...] Para formar lectores parece razonable recurrir a la lectura. Y sin embargo esto es lo único que no se hace en los institutos. Se memorizan fechas, nombres y listas de figuras retóricas pero no se lee. El programa de literatura española que se desarrolla en la universidad es el mismo que Marcelino Menéndez Pelayo presentó a mediados del siglo XIX en su oposición a catedrático. Es decir, se sigue enseñando la misma literatura que hace cien años y se sigue haciendo del mismo modo. Aquel plan de estudios, diseñado para formar eruditos, sigue aplicándose hoy, cuando la inmensa mayoría de los licenciados no acaban siendo filólogos sino profesores de instituto.*

Algo hay de cierto en este diagnóstico sobre las enfermedades que aquejan de un tiempo a esta parte a las enseñanzas literarias aunque afortunadamente las cosas están cambiando y la educación literaria, al menos en la enseñanza secundaria obligatoria y en el bachillerato, es hoy también un escenario de indagaciones, de búsquedas y de innovaciones (véanse en este sentido, por ejemplo, Mata, 2004; Bordons y Díaz-Plaja, 2006; Jover, 2007, entre otros). Por ello, y pese a quienes se niegan a cambiar las maneras de educar en el aprecio y en el goce de la experiencia literaria en unas sociedades sometidas a vertiginosos cambios en lo que se refiere al acceso a la información y al disfrute del ocio cultural, cada vez hay más profesoras y profesores de literatura que:

> *[...] tienen los pies en el suelo y consideran que el saber, para seguir siéndolo, no puede perder su conexión con el mundo. Frente a una tradición de enseñanza teórica de la literatura, éstos propugnan una enseñanza práctica. Talleres de lectura y escritura, donde los alumnos se enfrenten a las dificultades de elaborar diálogos, construir personajes, estructurar el tiempo y decidir puntos de vista. Pero no con la insensata pretensión de que todos se conviertan en escritores sino para que puedan apreciar de manera más viva la evolución de los elementos del arte narrativo.* (Orejudo, 2008, p. 11)

Éste es un libro que aúna la mirada literaria sobre la infancia y la adolescencia escolares con la mirada escolar sobre la educación literaria de niños, niñas, adolescentes y jóvenes en las aulas de la educación obligatoria, ese tiempo y ese espacio en el que conviven todas las alumnas y todos los alumnos, sean como sean y vengan de donde vengan. De ahí que en estas páginas encontremos no sólo textos que nos hablan de cómo la literatura ha hablado y habla de la escuela sino también ensayos e indagaciones sobre cómo educar a la infancia, a la adolescencia y a la juventud en el conocimiento y en el uso de esos textos que en nuestras sociedades denominamos «textos literarios». Y de ahí que en estas páginas convivan escritores y escritoras que nos hablan de su memoria escolar y nos ofrecen sus recuerdos literarios de niñez y mocedad con especialistas en didáctica de la literatura y con enseñantes que nos sugieren algunos rumbos por los que puede transitar el afán pedagógico de educar en el placer de la experiencia literaria.

De acuerdo con estas intenciones, este libro se organiza en torno a los siguientes apartados:

En el primer apartado del libro («La escuela en la literatura») se agrupan una serie de textos que comparten una inequívoca voluntad de ejercer el derecho a la memoria literaria de la escuela y de indagar sobre cómo la literatura nos habla de la escuela, en qué tono y con qué intención. En efecto, poemas, cuentos, novelas y memorias nos hablan a menudo de la escuela de antaño y, más allá de la naturaleza ficticia o autobiográfica de lo que nos dicen, nos ofrecen una infinidad de fragmentos de una *poética escolar* en torno al tiempo perdido de la infancia y de la adolescencia escolares. El texto inicial de **Carlos Lomas** («Retorno a los días colegiales») indaga en los ecos de la escuela en las voces de la literatura y nos ofrece algunos ejemplos literarios en los que encontramos no sólo escenas, escenarios, evocaciones y relatos de un indudable valor emotivo y sentimental sobre los años lejanos del colegio sino también diatribas, ajustes de cuentas y críticas sobre la edu-

cación de ayer. Por su parte, y desde el territorio de la creación literaria, **Bernardo Atxaga**, **Manuel Rivas**, **Agustín Fernández Paz** y **Berta Piñán** evocan el pasado escolar de sus infancias y adolescencias entre aulas, libros, maestras y maestros, alegrías y tristezas, placeres y deberes, aprobados y suspensos, sonrisas y lágrimas, lealtades y traiciones, amores y desamores.

En el segundo apartado («La literatura en la escuela») el objetivo de los textos ya no es el conocimiento de las maneras en que la literatura nos habla del mundo escolar sino el análisis crítico de la tradición didáctica de la enseñanza de la literatura y el fomento de una educación literaria orientada a la adquisición de hábitos lectores y de actitudes de aprecio y de disfrute de la lectura y de la escritura literarias. En este apartado, especialistas en didáctica de la literatura como **Juan Mata** y **Gustavo Bombini** y enseñantes en las aulas de la educación secundaria como **Guadalupe Jover** y **Víctor Moreno**, con la ayuda de un escritor de literatura infantil y juvenil como **Gonzalo Moure**, reflexionan sobre el significado ético y estético de la educación literaria en la escuela democrática y multicultural del siglo XXI.

Ya en el «Epílogo», el novelista **Luis Landero** alude al oficio de escritor y al afán de la literatura de igualar el sueño, de alcanzar lo inalcanzable y de decir lo indecible.

Ojalá las palabras de Gabriel García Márquez con las que se inician estas líneas sean tenidas en cuenta en las aulas de literatura y ojalá el aluvión de evocaciones, nostalgias, orientaciones e ideas en torno a la educación (y a la educación literaria) que contiene este libro[1] sean útiles a quienes tienen encomendada la difícil pero apasionante tarea de inocular en adolescentes y jóvenes la enfermedad sin remedio de la literatura.

Referencias bibliográficas

BORDONS, G.; DÍAZ PLAJA, A. (coords.) (2006): *Enseñar literatura en secundaria. La formación de lectores críticos, motivados y cultos*. Barcelona. Graó.

1. Algunos de los textos que albergan estas páginas tienen su origen en el ciclo de conferencias *Érase una vez la escuela*, que organizó en 2007 y 2008 el Centro del Profesorado de Gijón con la colaboración de la Concejalía de Educación y Universidad Popular del ayuntamiento gijonés. Ana Monte Río tuvo mucho que ver –con su eficacia, trabajo y entusiasmo– en el éxito de esos encuentros.

BORGES, J.L. (1980): «El libro». *Borges oral*. Barcelona. Bruguera.
GARCÍA MÁRQUEZ, G. (1996): «De cómo los profesores de literatura pervierten a sus alumnos». *Caras y Caretas*, 1, Buenos Aires (1.ª edición en el número 90 de la revista brasileña *Status Plus*, 1983).
JOVER, G. (2007): *Un mundo por leer. Educación, adolescentes y literatura*. Barcelona. Octaedro.
MATA, J. (2004): *Como mirar a la luna. Confesiones a una maestra sobre la formación del lector*. Barcelona. Graó.
OREJUDO, A. (2008): «El cadáver de la literatura y las momias que la enseñan». *Mercurio*, 28. Sevilla. Fundación José Manuel Lara.

La escuela en la literatura

1

Retorno a los días colegiales
(Los años de la escuela en la literatura)

Carlos Lomas*

Por jazmines caídos recientes y corolas
de dondiegos de noche vencidas por el día,
me escapo esta mañana inaugural de octubre
hacia los lejanísimos años de mi colegio.
(Rafael Alberti, «Retorno de los días colegiales», 1969)

En estos tiempos en los que la memoria histórica es menospreciada por quienes vindican el olvido como una forma de conjuro contra las sombras del pasado, el mundo de la educación tiene ante sí la tarea de iluminar esas sombras y de mostrar con la mayor claridad posible, con luz y taquígrafos, cómo éramos ayer (y cómo era la escuela del ayer) para quizá entender así mejor cómo somos hoy (y cómo es o debe ser la escuela de hoy). Por ello, no hay nada mejor frente a la amnesia histérica de quienes se oponen a la memoria histórica que una educación democrática en la que se ejerza el derecho a una pedagogía del recuerdo que nos ayude no sólo a agitar las aguas de la nostalgia sino también a evitar esa tentación tan habitual y nada inocente de pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor. Entre otras cosas porque, al menos en España, el tiempo pasado es casi siempre el

* Carlos Lomas es profesor de *Lengua castellana y Literatura* y asesor de formación del profesorado.
clomas@almez.pntic.mec.es

tiempo de las inquisiciones cotidianas, de la miseria endémica, de la moral estricta e inhumana, de la ausencia de libertad, del analfabetismo, de la injusticia y de la violencia fratricida.

En busca del tiempo perdido: ¿la infancia recuperada?

En ese afán de indagar sobre la memoria de lo que fuimos, y de evitar la tentación del olvido, los textos de las literaturas nos ofrecen, en el océano sin fin de sus poemas y relatos, una retahíla interminable de añoranzas, emociones, escenas, ficciones, recuerdos y ajustes de cuentas sobre uno de los escenarios por excelencia del tiempo pasado: la escuela. Poemas, cuentos, novelas, ensayos y memorias nos hablan de la escuela de antaño y, más allá de la naturaleza ficticia o autobiográfica de lo que nos dicen, nos ofrecen una multitud de fragmentos de una *poética escolar* con la que aspiran a agitar las conciencias lectoras a la búsqueda del tiempo perdido de la infancia y de la adolescencia escolares. La escuela se convierte así en una *cuestión palpitante* en todas y cada una de las literaturas y, de forma significativa, en la literatura en lengua española (y también en la literatura en gallego, asturiano, euskera, catalán y en otras lenguas del mundo) a partir de la segunda mitad del siglo XIX y hasta nuestros días[1].

De la lectura de las mil y una poesías y prosas de la literatura contemporánea que nos hablan de la memoria literaria de la escuela (véase, por ejemplo, Carbonell y otros, 1987; Lomas, 2002 y 2007; Gracida y Lomas,

1. En los últimos años han aparecido trabajos en los que se ofrece una selección de textos literarios sobre los contextos escolares de cuya lectura se infieren algunos indicios de esa poética escolar que construye la memoria literaria de la escuela. En México, por ejemplo, Juan Carlos Rangel Cárdenas seleccionó textos de la literatura mexicana en el volumen *Caminito de la escuela* (*La escuela, el maestro y los estudiantes en veinte autores mexicanos del siglo xx*), que coeditaron en 1994 la SEP, la Universidad Pedagógica, Fomento Editorial y Noriega Ediciones. También en México encontramos los cuentos de escritoras mexicanas –seleccionados por Mónica Lavín– con el colegio al fondo (*Atrapadas en las escuela*, 1999, México, Selector) y su equivalente masculino, la antología realizada por Beatriz Escalante y José Luis Morales (*Atrapados en la escuela*, 1994, México, Selector), en la que se incluyen cuentos contemporáneos de autores mexicanos. Y, sin salir de México, Ysabel Gracida Juárez y Carlos Lomas agruparon 80 textos españoles y latinoamericanos en *Había una vez una escuela... Los años del colegio en la literatura*, editado en 2005 por Paidós Méxicana. En Colombia, Fabio Jurado escogió un ramillete de cuentos latinoamericanos (César

2005; y Ezpeleta, 2006, entre otros) se infieren no sólo escenas, escenarios, anécdotas, recuerdos y relatos de un indudable valor emotivo y sentimental sino también diatribas, venganzas, críticas y utopías en las que observamos un retrato variopinto de la escuela de ayer, de sus miserias y de sus grandezas, de sus luces y de sus sombras, y en las que encontramos también algunas claves que nos ayudan a entender mejor la falsedad de los espejismos y de las falacias que se esgrimen hoy contra la escuela actual y contra una educación democrática y multicultural.

No es fácil esbozar los tópicos o asuntos que de manera reiterada aparecen en los textos de la literatura cuando la literatura habla de la escuela. Así, por ejemplo, Fermín Ezpeleta (2006), al estudiar el reflejo literario de la escuela en la narrativa española comprendida entre 1875 y 1939, encuentra en el maestro de escuela, el profesor de instituto, el internado religioso, la universidad y el pedagogo particular los ejes temáticos en torno a los cuales se ordenan las ficciones literarias y los ensayos pedagógicos de las novelas y de los cuentos escritos en la España del último tercio del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX. Por su parte, Carbonell y otros (1987) organizan su antología en lengua catalana de textos sobre la vida escolar en torno a temas o tópicos como el alumno, el maestro, el vínculo entre maestros y alumnos, las travesuras, el internado, la educación en valores, los métodos de enseñanza, el examen, el castigo y la inadaptación escolar. Por mi parte, en un trabajo reciente (Lomas, 2007), selecciono hasta diez tópicos en torno a los cuales se construye, en mi opinión, la poética escolar que destilan los textos literarios sobre la vida escolar: la memoria literaria de la escuela (añoranzas y ajustes de cuentas sobre la infancia y la adolescencia escolares), el oficio de maestro (y de maestra), la vida cotidiana en las aulas, las amistades escolares, el amor en los tiempos del cole, el tedio en las aulas, los castigos («la letra con

---

Vallejo, Efrén Hernández, Eugenio Aguirre, José Luis Morales, entre otros) sobre la vida escolar en *La escuela en el cuento* (Bogotá, 2003).

Ya a este lado del océano, en Portugal, Antonio Novoa y Jorge Ramos de Ó agruparon algunos textos literarios portugueses sobre la vida en las aulas en *A Escola na Literatura*, editados en Lisboa en 1997 por la Fundaçao Caloste Gusbenkian. En España, Jaume Carbonell, Ricard Torrents, Toni Tort y Jaume Trilla recogieron en *Els grans autors i l'escola* (Eumo, 1987) textos en catalán y en otras lenguas (traducidas al catalán) sobre la escuela y sus personajes, escenas y escenarios. En *La vida en las aulas* (Memoria de la escuela en la literatura), editado por Paidós en 2002, Carlos Lomas selecciona 132 textos literarios sobre los contextos escolares. Finalmente, en *Érase una vez la escuela –Los ecos de la escuela en las voces de la literatura–* (Graó, 2007), Carlos Lomas ofrece un ensayo literario sobre las historias fingidas y verdaderas de los tiempos ya lejanos de la infancia y de la adolescencia escolares.

sangre entra»), los aprobados y los suspensos (el placer del éxito y el dolor del fracaso), las escuelas públicas y los colegios privados (con una alusión continua a las inquisiciones y a los internados de la educación católica) y las indagaciones pedagógicas sobre la tarea de educar.

Estos y otros temas o tópicos se encuentran alojados en una diversidad casi infinita de textos literarios sobre los contextos escolares. En la mayoría de las ocasiones esos textos son fragmentos de otros textos más amplios (cuentos, apuntes literarios, poemarios, escenas escolares en una novela o en las memorias literarias de escritoras y escritores…). En otras, sí estamos ante textos completos, de muy desigual valor literario, cuyo sentido no es otro que el de ilustrar el complejo mundo de la educación. Es el caso, por ejemplo, de novelas y memorias como *El amigo Manso* (1882), de Benito Pérez Galdós; *Memorias del Bachiller Aiscrim* (1924), de Celso García; *Historia de una maestra* (1990), de Josefina Aldecoa; *AMDG* (1910), de Ramón Pérez de Ayala; *Amor y pedagogía* (1902), de Miguel de Unamuno; *El jardín de los frailes* (1926), de Manuel Azaña; *Diario de una maestra* (1961), de Dolores Medio; *El bachiller* (1895), de Amado Nervo; *Niño y Grande* (1922), de Gabriel Miró; *El árbol del bien y del mal* (2008), de José Manuel Esteve; o *Mi colegio* (2006), de Luis Antonio de Villena; y de cuentos como «Un maestro de antaño» (1881), de Pedro Antonio de Alarcón; «Zurita» (1886), de Leopoldo Alas *Clarín*; «La lengua de las mariposas» (1996), de Manuel Rivas; «El profesor auxiliar» (1941), de Ramón Pérez de Ayala; «Los puntos de luz» (2001), de Martín Casariego; «La infancia interminable» (2000), de Óscar de la Borbolla; «Eladia» (1980), de Xosé Manuel Neira Vilas; o «Las lecciones de las cosas» (2004), de Luis Mateo Díez.

Ilustraré a continuación algunos de estos tópicos literarios sobre la escuela con la ayuda de diferentes textos[2] que reflejan cómo la literatura nos habla de la escuela, en qué tono y con qué intención. La evocación literaria del ayer escolar incluye el tópico del retorno al tiempo perdido de la infancia y de la nostalgia de los años lejanos del colegio («La edad de la inocencia») pero también el ajuste de cuentas y la crítica amarga de episodios nada ejemplares («Mirando hacia atrás con ira»). Otros tópicos literarios sobre la vida de las aulas nos hablan –cómo no– de la figura del maestro o de la ma-

2. Aludiré en exclusiva a textos escritos en lengua castellana en el último siglo y medio de la literatura española e hispanoamericana. No citaré en esta ocasión, como hice en ocasiones anteriores (Lomas, 2002 y 2007), textos escritos en cualquiera de las lenguas peninsulares (gallego, asturiano, euskera, catalán y portugués) o en otras lenguas del mundo (francés, latín, inglés, italiano...).

estra («Pan al maestro y educación al discípulo»), de las cosas que acontecen a diario en las clases («La vida en las aulas»), del maltrato escolar y de la sinrazón del argumento de que «la letra con sangre entra» («Letras, sangre, coscorrones y sabios»), de la nostalgia de esos instantes irrepetibles entre colegas, camaradas y enamoramientos adolescentes («Las amistades peligrosas y los amores escolares») o del tedio escolar en las interminables horas de la jornada escolar amarrados al duro banco de los pupitres («Monotonía en las aulas»).

Con la ayuda de fragmentos literarios de escritoras y escritores en lengua española, acudiremos a una cita con los años del colegio en la literatura y observaremos un paisaje literario en el que se conjugan las luces de la instrucción pública y del aprendizaje escolar con las sombras de la miseria endémica, de las inquisiciones cotidianas, de las tenaces injusticias y de los cobardes maltratos. De la lectura de estos y de otros fragmentos de las literaturas se deduce entonces no sólo un retrato en sepia de la arcadia feliz de la infancia escolar y una cierta nostalgia del tiempo pasado en las aulas sino también la certidumbre de que en educación, y pese a las dificultades y a los conflictos de la escuela actual, hoy estamos mejor que antaño. El retorno a los días colegiales de la mano de estos fragmentos literarios (poemas, relatos, memorias, ensayos...) nos conducirá a la ineludible conclusión de que nada justifica esa actitud tan en boga que consiste en invocar el pasado escolar como argumento irrefutable contra los males de la educación actual y a favor de una *educación de calidad*. Y es que, al menos en este país, en educación cualquier tiempo pasado no fue mejor (Lomas, 2007).

La edad de la inocencia

Entre la retahíla de versos y de prosas que nos hablan de la infancia y de la adolescencia en las aulas encontramos a menudo evocaciones, nostalgias y recuerdos teñidos por la añoranza del tiempo pasado en las escuelas e institutos. Los años del colegio en la literatura nos hablan entonces de ese tiempo ya tan lejano en que acudíamos un día sí y otro también a la cita ineludible con el saber y con el deber pero también con la algarabía del recreo y con el placer de los juegos, con el goce de la luz iluminando los pupitres y con el despertar de las amistades y de los amores escolares.

La literatura se pone entonces al servicio de un ilusorio regreso a la edad de la inocencia y a esas vidas lejos aún de los estragos de la vida adul-

ta y de los juegos de la edad tardía (Monmany, 1997). Por eso el poeta granadino Federico García Lorca (1972, p. 183) saluda alborozado la salida de las criaturas al final de la jornada escolar («Salen los niños alegres / de la escuela, poniendo en el aire tibio / de abril canciones tiernas»), por eso el escritor chileno Jorge Edwards (1981, p. 74) alude al temblor inmediatamente anterior al final de las clases:

> *Con la cercanía de la hora de salida, el clima del colegio cambiaba. Había un aire agitado y festivo: portazos, carcajadas que no se contenían dentro de los muros de una sala de clase y retumbaban por los patios, carreras esporádicas por las galerías. Las amarras de la disciplina se relajaban y distendían. El colegio era un torrente en ebullición, encabritado, contenido a duras penas en sus diques.*

Por eso su compatriota Pablo Neruda (1979, p. 16) homenajea al liceo de su infancia en Temuco («El liceo era un terreno de inmensas perspectivas para mí. Todo tenía posibilidad de misterio»). Por su parte, el poeta gaditano Rafael Alberti (1969, pp. 251-252) retorna a sus alejados días colegiales («Por jazmines caídos recientes y corolas / de dondiegos de noche vencidas por el día, / me escapo esta mañana inaugural de octubre / hacia los lejanísimos años de mi colegio»), la poeta Carmen Conde (1934) alude con emoción al coro escolar de las niñas recitando el alfabeto («Entre los atlas y los pupitres, qué firmes y gráciles son las niñas. Se confunden con las líneas azules, con los marecitos, como cabelleras, de las cartas geográficas. Cada vez que decían una letra, ondulaba el coro. Yo señalaba la rosa de la a, el lirio fresco de la ele... ¿De qué isla, de qué árbol, de qué fuente crece este chorro de luceros que son los niños?» y el novelista colombiano Gabriel García Márquez (2002, pp. 117-118) evoca con nostalgia los años de su infancia escolar («cuando era feliz e indocumentado») en una escuela devota del ideario pedagógico de María Montessori:

> *El consuelo fue que en Cataca habían abierto por esos años la escuela montessoriana, cuyas maestras estimulaban los cinco sentidos mediante ejercicios prácticos y enseñaban a cantar. Con el talento y la belleza de la directora Rosa Elena Fergusson estudiar era algo tan maravilloso como jugar a estar vivos.*

Desde México, el escritor y filólogo mexicano Antonio Alatorre (1993, p. 14) refleja en sus memorias su deuda de gratitud con la escuela pública de su infancia en Autlán («Yo me eduqué en una escuelita muy modesta, y

salí de ella, a los once o doce años, con un bagaje muy bueno: ideas sobre gramática, sobre sintaxis, buena ortografía, etcétera... Traigo conmigo esa escuela de Autlán porque traigo conmigo mi infancia. Yo la gocé muchísimo»). De nuevo en España, el escritor valenciano Manuel Vicent (1999), al contemplar el inicio del curso en una escuela de educación primaria, da rienda suelta a su memoria escolar:

> *El curso acaba de empezar. Los niños juegan en el patio de un colegio y sus gritos forman un manantial muy claro que cruza el silencio del valle y se pierde en la playa vacía. Es la algarabía del primer recreo al final del verano, que te hace recordar el perfume de aquellos lápices Alpino, la goma de borrar con sabor a coco, el estuche del compás, el suelo de la escuela recién barrido con serrín mojado, los cánticos patrióticos con el brazo en alto, los cuadernos que contenían un bosque ignorado de letras por donde uno se adentró formando las primeras palabras que irían creando el mundo bajo amenazas morales. [...] Maduran los membrillos. Se van los vencejos. Vuelven los escolares.*

Por último, Carmen Laforet (1979) recuerda su primer día de clase en el colegio («me imagino el aula y la ventana, y un pupitre mío pequeño, desde donde veo el jardín, y hasta veo clara, emocionantemente, dibujada en la pizarra con tiza amarilla una A grande, que es la primera letra que voy a aprender...») y, en fin, el poeta asturiano Ángel González (1972, pp. 259-261) escribe ya en la edad adulta una nostálgica elegía sobre la vida en el campus universitario:

> *Ah las flores marchitas de los libros de texto*
> *finalizando el curso*
> *deshojadas*
> *cuando la primavera*
> *se instala*
> *en el culto jardín del rectorado*
> *por manos todavía adolescentes*
> *y roza con sus rosas*
> *manchadas de bolígrafo*
> *y de tiza*
> *el rostro ciego del poeta.*
> *Todo esto será un día*
> *materia de recuerdo y de nostalgia.*
> *Volverá, terca, la memoria*

una y otra vez a estos parajes,
lo mismo que una abeja
da vueltas al perfume
de una flor ya arrancada.

Mirando hacia atrás con ira

Sin embargo, la memoria literaria de la escuela no sólo es la crónica del retorno a los orígenes y a la arcadia feliz de la infancia y de la adolescencia escolares. Es, a menudo, un ajuste de cuentas con un pasado teñido de amargura y de maltratos, de intransigencias y de tristezas, de dolor y de desasosiegos. Es entonces cuando los poemas y los relatos sobre el ayer escolar se transforman en venganza y a la vez en conjuro contra el recuerdo amargo, en la crítica sin piedad alguna a unos años en el colegio en los que abundaron las lágrimas, los insultos, el maltrato, el menosprecio, el miedo al castigo sin motivo alguno, el temor a los exámenes y la tiranía de los deberes, los estragos de una moral estricta, las peleas en el patio del recreo y el aburrimiento.

Mirando hacia atrás con ira, aunque a veces atenuada por la benevolencia de la edad adulta y por el bálsamo del tiempo ya ido, escritoras y escritores saldan su deuda pendiente con un tiempo escolar en el que la escuela era a menudo una metáfora de la cárcel. Así, por ejemplo, Rafael Alberti (1969, p. 252) alude en su retorno a los días colegiales a ese alumno que fue y al que:

[...] las horas prisioneras en un duro pupitre
lo amarran como un pobre remero castigado
que entre las paralelas rejas de los renglones
mira su barca y llora por asirse del aire.

De igual manera el escritor guatemalteco Augusto Monterroso (1993, p. 43) subraya su escaso aprecio por la vida escolar y evoca «el cúmulo de signos amenazadores que se revolvían en mi mente cuando me dirigía a la escuela»:

La escuela nunca me gustó y siempre la rechacé. Mis escasas experiencias vitales me habían hecho demasiado tímido como para enfrentar día a día sin angustia los problemas que cada mañana traía consigo, ya fuera en los salones de clase como en los recreos. La aritmética, la geografía, la botáni-

ca, presentaban todos los días dificultades que había que vencer por orgullo o por vergüenza, pero nunca por placer o con gusto; las multiplicaciones de quebrados; el dibujo de un mapa de Centroamérica con el trazado de sus sinuosas líneas divisorias, que por supuesto en mi cartulina no coincidían nunca, ni de manera remota, con las del reluciente original colgado en la pared que nos servía de modelo; o el de las montañas, los lagos y los ríos que había que colorear con crayones verdes o azules; distinguir una planta fanerógama de una criptógama y hacer las descripciones de las flores con sus corolas, estambres y pistilos; en fin, todo lo que hubiera que aprender por fuerza constituía un cúmulo de signos amenazadores que se revolvían en mi mente cuando me dirigía a la escuela.

En la literatura española contemporánea abundan los poemas y los relatos que se hacen eco de la educación autoritaria del franquismo, esa nada sutil mezcla de intransigencia, inquisición y beatería en la que estudiaron tantas personas en las escuelas públicas y en los colegios católicos de la España del segundo tercio del siglo XX. Así por ejemplo, el poeta Aníbal Núñez (1977, p. 339) evoca esos tiempos escolares de la posguerra española teñidos por el adoctrinamiento político y religioso:

Y la escuela después donde aprendimos
a ser buenos cristianos por la gracia
de dios y las calderas sulfurosas
de aquel pedro botero
los himnos nacionales en columnas de a dos
la interminable tabla
del siete que aún nos sigue
robándonos el sueño tanto cuento
de niños ejemplares y de mártires.

De igual manera, el también poeta Antonio Martínez Sarrión (2004, p. 29) alude al tono gris, desconchado y atroz de aquella escuela pública a la que acudió en el Madrid de los años iniciales del franquismo y recuerda con nostalgia, medio siglo después, el consuelo de la primavera atenuando la sensación de desaliento:

Todo era abotargado, el aire no corría,
instalándose en aulas y pasillos
como una rata hedionda y desventrada.
Todo era miserable, sórdido, sometido.